

Inclémencias del tiempo

Rafael Toriz

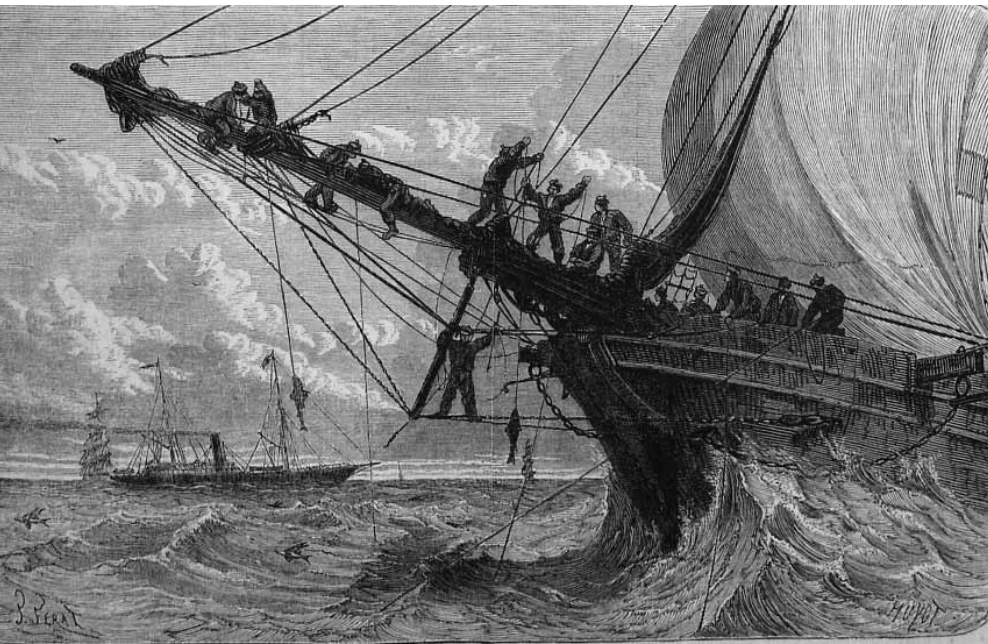


Ilustración de *El viajero ilustrado hispanoamericano*, 1878

*The two most important attributes
for a travel writer
are strong liver and a good ability
to bullshit*
Thomas Kohnstamm

A POCO DE ANDAR LOS SENDEROS, UNO TERMINA por darse cuenta de que el mundo está poblado por cretinos. Salvo contadas excepciones, la mayor parte de la humanidad se divide en miserables y ventajistas. Si uno ha invertido parte considerable de sus energías estando de viaje, pronto corrobora las lúcidas observaciones de Schopenhauer: las habilidades mejor repartidas del planeta Tierra son la pereza y la ignorancia.

Empero, si uno no saliera de casa, tampoco podría verificar aquella famosa sentencia de Pascal: todas las miserias del hombre se derivan de no ser capaces de sentarnos tranquilos y solos en un cuarto.

Emprender el viaje en nuestros días pareciera absurdo y baladí. Casi innecesario. Gracias a *Google Maps* y a los sofisticados instrumentos de geolocalización con que vienen equipados los teléfonos inteligentes —capaces de encontrar a un talibán en los laberintos del desierto— el hecho

de ser testigo presencial de realidades alternas sugiere un oficio de otro tiempo. Y no me refiero a la épica del conquistador que desea nombrar las maravillas a su paso ni al europeo con delirios de Indiana Jones. Estoy hablando del paseante desgüevado que abarrota los destinos turísticos del globo.

La así llamada “literatura de viaje” comporta varias interrogantes y no pocas molestias. ¿Es posible escribir algo que valga la pena si no se ha sido corresponsal de guerra? ¿Puedo aventurar mis impresiones sobre el mundo aunque no haya sido protagonista de mi siglo? ¿Seré capaz de describir mi asombro ante el espanto luego de Kapuściński, Chatwin y Jon Lee Anderson? ¿Vale la pena describir un mundo que ha sido cantado desde las noches del périda Aquiles? Marco Polo, James Cook y Jean-David Nau, que navegaron los mares poblándolos de mapas y misterios habrían dicho que sí. Después de todo, viajar es darle brújula al galeón del desarraigo.

Como varios espíritus inquietos, siendo casi un niño, decidí tomar camino. Nunca con ideas precisas, pero sí consciente de que el mundo gira en todas partes, lleno de platillos insólitos, animales extraños, costumbres excéntricas y mujeres hermosas. Por eso me apasionan los libros de viaje. El libro del estadounidense Thomas Kohnstamm promete desde el título. *Do Travel Writers Go to Hell?* parte de la loable inquietud de mandar al carajo a aquellos que han hecho del viaje un modo de vida institucionalizado y pequeñoburgués. Al verlo tuve la sensación ambivalente que me aborda al encontrarme con Anthony Bourdieu: una envidia rabiosa con mezcla de envidia asesina. Porque el libro de Kohnstamm, más que seguir la épica literaria de un Chatwin en la Patagonia o ficcionalizar recuerdos de viaje como Theroux en Centroamérica, recrea sus vivencias como redactor de la guía *Lonely Planet* —esos embajadores del infierno— por algunas ciudades del nordeste de Brasil (Fortaleza, Olinda, Recife). Apenas uno pasa las primeras páginas, el autor se queda corto. Kohnstamm, como explorador, peca un poco de turista.

Justo es señalar en su descargo que redactar una guía de viaje debe ser uno de los trabajos más infames



Un combate entre el cielo y la tierra (en los Andes).
Ilustración de *El viajero ilustrado hispanoamericano*, 1878

para los viajeros. Uno tiene que moverse en muy poco tiempo por lugares distintos, conseguir información sobre hoteles, museos, restaurantes, bares y consignarla por escrito, algo peor que el sexo tántrico. Ante una forma tan encorsetada de la experiencia, por más que uno quiera adentrarse en las ciudades, resulta incómodo y desgastante: uno trabaja donde otros se divierten. Esas guías, pensadas para mochileros gringos y europeos, deberían estar proscritas. Contribuyen a hacer del mundo un patio común que disuelve las diferencias porque hace que la gente se mueva entre burbujas. Y Kohnstamm, pese a ser gringo, lo sabe:

Uno va a otro país y lejos de tratar de entender los matices y texturas de esa cultura, acaba pasando el tiempo con la banda itinerante de gente como uno. Incluso la gente que se considera a sí misma viajera experimentada, quienes han vagado en hostales por todo el mundo, son a menudo neocolonialistas *naïfs*. Sólo quieren encontrar un destino donde puedan estirar sus dólares, euros,

yenes o shekel en hoteles acequibles y conseguir cervezas y drogas fáciles para fanfarronear por haber vivido algo más extremo o más intenso o más auténtico que sus amigos.

Y si aludo a su nacionalidad no es por prejuicio, sino por hecho. Los latinoamericanos, o cualquier otra comunidad periférica que no pertenezca al primer mundo, suelen viajar de otra manera. No es algo que tenga que ver sólo con el dinero —ya sabemos que no hay nadie más tacaño y desaseado que un mochilero europeo en el Nuevo Mundo— sino más bien a diferencias culturales. En el viaje he podido percatarme del impulso romántico, frecuentemente literario, que anima a la gente a vivir en tránsito. Hay una necesidad épica en buena parte de los antropólogos, artesanos, biólogos, poetas, fotógrafos y desempleados que se van a recorrer el mundo. Desde aquellos que aún hoy se orientan por la senda guevarista, pasando por los marihuanos de hueso colorado, los turistas académicos y los jóvenes inspirados en los detectives salvajes, hay un impulso poderoso que se adivina en la mirada. Espero no se me malentienda. No seré yo quien despotriquee contra el evangelio de los *beatniks*, la escuela de Hunter S. Thompson o los excesos de los ingleses. Ellos han fundado una mitología y forjado literatura. Pero no es en esa línea en que Kohnstamm inscribe su texto.

Su viaje empieza en Río, luego de enredarse con una histérica austriaca que habrá de ponerle una madre, cuando coincida con otros viajeros en un hostel frente a la playa de Copacabana. En ese lugar conocerá a varios personajes anodinos salvo un compatriota suyo, dedicado a promover drogas de diseño exclusivas para mochileros. Este personaje le enseñará que hay gente abocada al mercado que presuponen los primermundistas reventados capaces de invertir todo un día buscando un hostel dos dólares más barato, pero a quienes no les tiembla la mano a la hora de conseguir drogas en un país extranjero. En este mismo lugar, alguien le suministrará dos pastillas de *speed* que utilizará con provecho al ligarse una brasileña.



Thomas Kohnstamm
Do Travel Writers Go to Hell?
Three Rivers Press, New York
2000. 273 pp.

Nunca he sido un gran fan de la velocidad. Nunca he tenido mucha tolerancia para los estimulantes, ni siquiera el café, pero coger en *speed* es una experiencia que vale la pena. Miles de hombres *gays* no pueden estar equivocados. Comienza como una pelea desnuda de lucha grecorromana y pronto acelera su ritmo hasta que no es muy distinto de ver porno en *fast forward*.

El libro, bien trabajado y con tensión narrativa, tiene sus hallazgos. El autor es inteligente e informado. Tiene actitud y simpatía (“el uso del condón en seco es sólo para el dedicado, el noble de corazón. Se trata de un proceso preciso que requiere mucha paciencia, como conseguir que los pandas se apareen en cautiverio”). Pero le falta arrojo, delirio y exceso.

Tampoco es grave. Se trata de una obra que quiere ser leída y que se apropia con honestidad del credo de Cees Noteboom: “el mundo sigue siendo enormemente grande para aquel que se va de viaje consigo mismo”. Uno debe salir de viaje y contar su historia por una razón muy simple: es la de uno.

Sin embargo, al vagamundo profesional le queda la sensación de que Kohnstamm queda al margen de sus encuentros. Uno reconoce a aquellos espíritus que no pisan hasta el fondo. Se les nota de lejos.

En el viaje de la vida más vale salir sin frenos.